

*ce*mos

MEMORIA

115

REVISTA MENSUAL DE POLÍTICA Y CULTURA

■ SEPTIEMBRE DE 1998 ■ NÚM. 115 ■ \$ 15.00 ■

1968

ARNOLDO MARTÍNEZ VERDUGO

ELVIRA CONCEIRO

GERARDO DE LA FUENTE

RAÚL ÁLVAREZ GARÍN

PABLO GÓMEZ

GABRIEL VARGAS

ROBERT VAN

WYNSBERGHE

KLAUS MEIER

Los retos de la democracia

SERGIO DE LA PEÑA

ANTONIO IBARRA

**Chipre. La crisis
de los misiles**

JOSÉ ÁNGEL LEYVA

ENTREVISTA CON SERGIO DE LA PEÑA

Los retos de la democracia

■ ■ ■ ■ ■
Antonio Ibarra

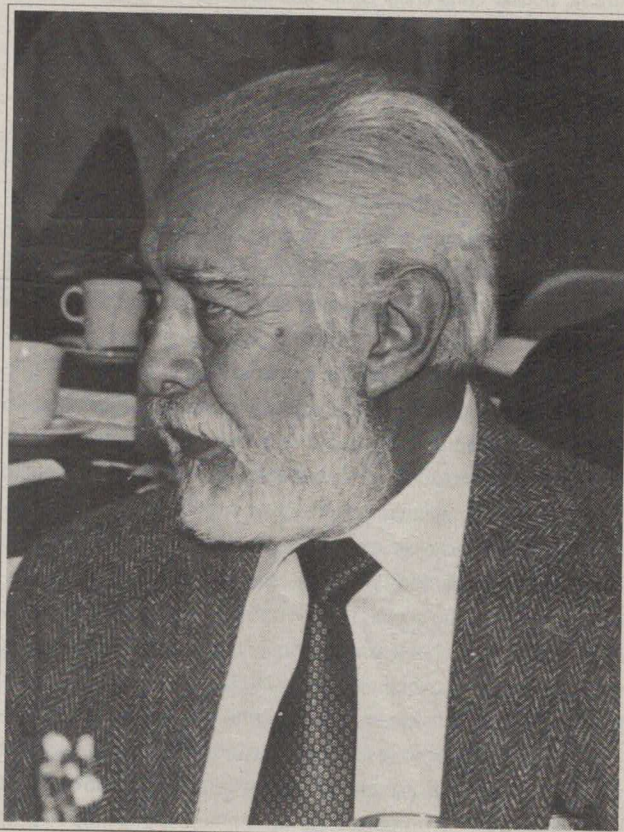
SERGIO DE LA PEÑA, intelectual de reconocido prestigio académico, investigador emérito de la Universidad Nacional Autónoma de México, dedicó más de tres decenios al análisis de la economía y la política de nuestro país. Publicó una docena de libros sobre la evolución histórica de la economía en México, su sistema político, las transformaciones recientes de la economía mundial y los nuevos retos de la democracia mexicana. Analista cuidadoso, el profesor De la Peña escribió durante años en la página editorial de *Excélsior* sobre la vida política del país, acusando siempre un tono provocador en sus opiniones, alejado de toda ortodoxia o partidismo acético.

Esta amigable conversación, sostenida el 3 de junio de 1998, pretende mostrarnos una apreciación coloquial pero rigurosa sobre los desafíos de la democracia en nuestro país, en la que advertimos el optimismo crítico que Sergio le impuso siempre a sus análisis de la vida política de México.

Sergio de la Peña murió el pasado 16 de julio, tras una difícil lucha por su vida que lo apartó de su trabajo y reflexión. Estas notas póstumas nos revelan la lucidez que lo caracterizó hasta que el cáncer le impidió seguir compartiendo con nosotros su optimismo y agudeza crítica. Adiós, Sergio, y gracias.

La democracia mexicana requiere de una educación ciudadana y un nuevo compromiso público con ella.

SERGIO DE LA PEÑA



SEPTIEMBRE DE 1998

HACE AÑOS QUE MÉXICO se está debatiendo en una crisis de perfiles muy variados, lo mismo económicos que políticos, y no se avizoran caminos de solución. El optimismo gubernamental contrasta con las señales de la sociedad que están cambiando el escenario político de México. ¿Cómo aprecias el marco político de la crisis?, ¿qué rasgos peculiares adviertes en el presente del país?

Es esencial, para no perderse en el caos que parece ser el país, tener un marco de hipótesis que nos permita evaluar con cierta precisión lo que está ocurriendo. Es necesario tener clara la idea de que el proceso de crisis ha sido muy diferenciado en el pasado y algunas etapas no se han concluido. Destaca el hecho de que, desde principios de los ochenta, el país ha entrado en una crisis que para algunos es una serie de hechos separados: para los economistas es una crisis de la capacidad de adaptación del país al cambio de la economía global, pero de pronto sobrevienen otras formas de la crisis como la financiera, la comercial o la de inversión directa, y la explicación resulta insuficiente. Hay una diversidad de momentos y perfiles que la crisis cobra durante periodos prolongados; por tanto es preciso plantearse un análisis más integrado: pensar que la mexicana es una sociedad que ingresó a una crisis de la que no ha acabado de salir, que está afectando a la economía, a la política y a la cultura, por lo cual es preciso mirarla de una forma integral, total, para tratar de comprender qué le está pasando a México. Este es el punto de partida: pensar en la crisis como una sucesión de formas de manifestarse desde los ochenta, alimentada por nuevos elementos y que no logra aún resolverse en sus componentes más importantes.

Un hecho elemental es que en la base de la estructura política del país existe una cantidad diversa de grupos, partidos y demandas que no contienen respuestas que marquen salidas a la crisis. Mientras no se haga el intento de recomponer una visión y arribar a propuestas de solución sobre la totalidad de la crisis, no habrá posibilidad de resolverla. Estamos en una situación extraordinaria, no sé si conduzca a una ruptura; ahora no es una gran amenaza pero creo que puede serlo. El mensaje de la sociedad es que la estructuras políticas fundamentales no son suficientes, no tienen los elementos capaces de contener el descontento y dar respuesta a las demandas de la sociedad. Es muy sorprendente lo que está pasando: mientras que la crisis política largamente negada es una evidencia, su existencia se expresa hasta en que los nombres de los partidos políticos están en entredicho, extraviados frente al desafío social. Lo que uno ve en el panorama político, en el conjunto político, es que hay tres partidos importantes, mejor dicho tres movimientos políticos, para evitar confundirnos. Pero lo peculiar consiste en que cada uno de esos modelos políticos está en entredicho, están encaminándose cada uno de ellos hacia el centro —incluso el PAN, que aparentemente marchaba en otra dirección—, en una especie de movimiento centrípeto que

está procurando hacerse de más votos. Para captar votos, todos los partidos políticos se mueven al centro.

Sin embargo, lo más singular es que cada partido por su cuenta se está dirigiendo hacia la tradicional posición priista, aunque mantengan su nombre, su representación. Y el resultado de conjunto es que el PRI está perdiendo votos rápidamente, pero al mismo tiempo, como un contraste, todos los partidos se están moviendo hacia la posición ideológica priista. El partido oficial, entonces, está ganando en cuanto a una mayor hegemonía ideológica que no tenía con sus competidores políticos, pero al mismo tiempo está perdiendo votos. Es un fenómeno muy sorprendente que además no sabemos a dónde conduzca. Ello significa que algo muy profundo está ocurriendo. Lo que pareciera en principio la preeminencia de un pensamiento conservador, o digamos prudente, ahora consiste en que todos los partidos se están desviando de lo que dicen ser, y con ello todos están perdiendo y a la vez ganando, con lo cual se están alterando las relaciones políticas del país, lo que parecería desembocar en un rescate a todo costo del poder político. Pero, en lo esencial, no sabemos a dónde va el mapa político tradicional así como la definición de las reglas, de las decisiones políticas de la sociedad y el rescate de sus votos.

Esto es, a mi manera de ver, una crisis para la cual no se tienen respuestas, y que contrasta con las exigencias de los ciudadanos comunes y corrientes que dicen: "Bueno, espérenme tantito, qué prometes y cómo vas a cumplir lo que prometes." Allí hay un hueco que nadie sabe cómo llenar. En parte, la crisis está conformada actualmente por una falta de correspondencia entre el Partido, sus dichos y la realidad de sus actos: parecería que son planos diferentes. Algunos partidos, por ejemplo, no son coherentes con sus promesas y sus acciones, pero aprovechan esta confusión del electorado para argumentar, más tarde, como el PAN: "Miren ustedes, no importa lo que hagamos, seguimos ganado electoralmente y gobernamos gran parte del país." Sí, pero lo que dicen no tiene que ver con lo que hacen: allí está el problema. Esta confusión hace que en la medida en que cada uno de los partidos haga un deslinde entre ambos aspectos, entre discurso y prácticas de gobierno, perderá votos siendo ganador.

Si bien la convergencia en un centro político obedece, en gran medida, a las expectativas de los ciudadanos, ¿qué hay atrás de esta mudanza de posiciones entre los distintos partidos? ¿Cómo puede explicarse este movimiento sin que ello represente un naufragio de las opciones políticas del país? ¿Tiene que ver con la cultura política dominante?

Lo central consiste en que la cultura política en México es la cultura priista, con la particularidad de que a nivel nacional, en el medio urbano y en particular en la capital, es diferente a las formas no urbanas o locales del resto del país. Son dos versiones que siempre han existido, que han convivido: las formas de la política nacional y la resolución local de los conflictos. Es un contra-



SERGIO DE LA PEÑA Y JUSSARA TEIXEIRA EL 15 DE DICIEMBRE DE 1997, DURANTE LA ENTREGA DEL PREMIO NACIONAL DE PERIODISMO

punto muy particular. Ahora, lo importante es que se ha vuelto muy radical la diferencia porque el rejuego político de algunas regiones, en donde se han producido acelerados cambios de participación ciudadana, frente a otras en donde el dominio sigue cauces tradicionales, ha llevado a que las diferencias de conducta política estén más marcadas, tiendan a distanciarse y con ello a que la posibilidad de convergencia casi no exista. El problema consiste, por tanto, en que anteriormente había una referencia que daba la pauta en cada región y que identificaba las formas de hacer política. Ahora las diferencias en la conducta política son más acusadas a medida que el PRI decae en su poder y ello ha creado un rejuego que ha introducido novedades, generando un cambio.

Ya que la hegemonía política del PRI está desapareciendo muy rápidamente, la parte crítica consiste en que la aceleración de los cambios no hacen pensar en una convergencia que conduzca a la negociación de conflictos. Antes de la crisis, la formidable estructura de negociación priista era el canal natural para dirimir conflictos: no había forma de hacer política sin ella. Ahora, estas bases de homogeneidad se están alterando y, complementariamente, no se están creando nuevos pactos que en un plazo relativamente corto puedan arrojar soluciones a la tensión social y política, con lo que la crisis se vuelve cada vez más seria. Lo anterior se debe, también, a la ruptura cada vez mayor de las bases de

los partidos en las regiones y al hecho de que no se aprecian formas eficientes de reconstituirlas. No se ve cómo una falta de claridad en los actores políticos y su auditorio electoral puede sentar las bases de una nueva negociación. Por ejemplo, el caso de Jalisco, en donde el cambio del PRI al PAN y luego del PAN al PRI no nos explica quiénes están operando estos cambios; no está claro cómo las decisiones electorales están revelando un cambio de partidos. Esta es una incógnita que crece en el país.

Una vía de solución, quizás, exigiría que los principales partidos políticos fueran sensibles a la gravedad del momento, que ensayaran acuerdos duraderos. La necesidad, pues, de un acuerdo político nacional para hacerle frente a la crisis debería edificar las bases para que los ciudadanos se sientan comprometidos, representados, confiados quizá en que existen alternativas. ¿Cómo aprecias, en las condiciones actuales, la necesidad de un acuerdo político nacional?

No me parece que haya condiciones para un acuerdo político nacional, porque el ciudadano —bueno, el “mediocidadano”— no encuentra las bases de una vida ciudadana propia que le demuestre que los partidos pueden actuar en su favor, ya que ésta se ve muy intervenida por una cantidad de expectativas y proposiciones que no constituyen la base de la vida política. Más

bien, me da la impresión de que la vida ciudadana es una participación de barrio que está orientada a demandas determinadas, muy limitadas, son demandas de adolescente. La forma de funcionamiento del ciudadano opera sobre intereses personales y hasta pueden llegar a la participación política, pero no maduramente. Sin embargo, hay otro medio de participación ciudadana que sí opera en el seno de un partido político pero con una perspectiva también limitada que se agota en el beneficio del Partido. Estamos en una sociedad que no tiene la cultura política necesaria, no está aún constituida, por tanto debemos pensar en movernos como ciudadanos muy poco preparados para ejercer nuestras obligaciones y querencias. Hágase la prueba preguntando a los ciudadanos quién es el diputado de su distrito, para enterarnos de que no tiene relevancia. Se trata, quizás, de un pueblo al que le faltan decenios, muchos decenios de educación cívica para enterarse dónde está y cómo puede influir en el cambio. Y ello es una parte central de la crisis, por lo cual su solución puede llevar muchos años.

Sin embargo, la orientación a un sistema de partidos puede ampliar los canales de representación política e incrementar el grado de participación ciudadana. ¿Cómo aprecias el papel de los partidos políticos en generar una nueva cultura democrática? ¿pueden constituir éstos un puente entre los ciudadanos y el poder público?, ¿pueden ampliar con ello las formas efectivas de decisión política de los ciudadanos?

Creo que no son los partidos los mejores medios para influir en las decisiones políticas fundamentales: en primer lugar, porque los ciudadanos no están en capacidad de influir en ellos con sus proposiciones, con sus opiniones. En segundo lugar, porque hay una especie de mito, según el cual al abrirse la democracia en sus cauces formales, se resuelve el problema de la participación. Ya tenemos el aparato formal, o casi, pero requerimos de que éste funcione como un componente básico de la democracia: no sólo como un compromiso y una capacidad de tomar decisiones sino también como la forma de comprometer al ciudadano con la democracia. Este es un gran problema: el ciudadano sí cumple, a lo mejor vota y esto cada vez que sea necesario, pero de ello a que a su decisión de voto corresponda un compromiso hay una distancia muy grande. El responsabilizarse de su voto significa exigir a sus representantes un cierto comportamiento político, y en el caso de que se trate de un representante corrupto, entonces el voto se vuelve contra él. El día que los ciudadanos hagan saber, a través de una disquisición pública, su decisión de por quién no deben votar, entonces habrá un cambio en la conducta de los representantes. Lo que es evidente es que se requiere de un proceso de educación política del pueblo, que podrá llevarnos cien años pero que debemos empezar ahora mismo: los diputados o senadores pueden ser los principales educadores de la sociedad, aún reconociendo que su compromiso fundamental es con su partido,

deben también comprometerse con sus votantes, y en ello no se agota su compromiso con el país. El gran problema, entonces, está en avanzar para crear las bases de una educación cívica a partir del compromiso de todos con la democracia: es un proceso que ya inició, pero de ninguna manera se agota en el voto y debe asumirse en la crítica ciudadana desde el momento mismo en que se designe a quien tome el poder, no sólo al final de su mandato. Sólo así, creo, habrá reciprocidad.

De acuerdo, pero las actitudes ciudadanas traducidas en votos ya reflejan un cambio de preferencias, quizás influidas por un cambio correspondiente de opiniones. Ahora bien, si la crisis de representación se traduce en que los partidos reciban o pierdan votos, ¿cómo puede crearse una nueva cultura política de la representación en México?, ¿qué mensajes están enviando los ciudadanos a la clase política para modificar su comportamiento?, ¿no querrán los ciudadanos un nuevo modelo de vinculación entre sociedad y poder público?

Sí, yo creo que es uno de los momentos creativos de la crisis ya que se abren puentes para intentar nuevas formas de vinculación entre ciudadanos e instituciones, como una manera de adquirir presencia e influir en las decisiones del país. El gran avance en la cultura política del país está en la apertura de nuevas formas de participación y en que el conjunto de los ciudadanos encuentren un modo eficaz de utilizar estas vías, de tener peso e influencia en las decisiones públicas y no sólo lo que ha sido hasta ahora la relación con el poder: el acceso a las formas de corrupción, como la mordida o el peculado, que si bien es parte de la cultura nacional no puede seguirse manteniendo. Se trata, también, de poder crear condiciones estimulantes que abran espacio a la participación política y que los ciudadanos descubran que tienen una cantidad de ventajas al utilizar a los representantes políticos, diputados y senadores, como carriles, como puentes, para ejercer el poder en favor de sus intereses. Yo creo que cuando el diputado descubra esto, es decir, cuando pueda ejercer un poder que provenga del ciudadano, que pueda tener una influencia y una fuerza positiva en la sociedad, será un hallazgo fantástico. Será un gran descubrimiento, sobre todo en un país donde lo esencial es la corrupción, de repente ver que sólo con hacer cosas positivas se logra poder de representación: ¡eso es una maravilla! Es como darse cuenta de que puede tener acceso al cielo.

El nuevo esquema parlamentario, pluripartidista, demuestra que ha habido un cambio en las proporciones de representación política de la sociedad. ¿Qué diferencias aprecias entre el viejo modelo de dominación de un sólo partido y el nuevo esquema de representación?, ¿qué modificaciones quedan pendientes?, ¿qué orientación es preciso seguir para hacer más efectiva la representación política?

Ahora la diferencia es que hay un cierto espacio para la presen-

cia de grupos que no tenían influencia en las decisiones políticas del país. El origen del actual esquema parlamentario está en la reforma política diseñada por Reyes Heróles, como una manera de crear una especie de forma democrática artificial dando peso relativo a los partidos políticos de oposición, entregándoles posiciones de representación artificial con el propósito de abrir un espacio mayor para que los partidos de minoría tuvieran una cierta representación, pensando en que el dominio del PRI sería infinito. Esta es una forma que actualmente ya no tiene sentido y probablemente en las próximas elecciones, como las del año 2000, se vaya a discutir mucho la pertinencia de mantener esta forma de representación doble. Ahora que el PRI empieza a ser minoría ya no tienen sentido este tipo de representaciones: ahora es más importante abrirse a una esquema mucho más directo de representación. En lo sucesivo, será muy humillante para el PRI reclamar sus representantes de minoría porque tienen que aceptar que ya no son mayoría, mientras que los otros partidos que antes fueron minoría dirán que ya no funciona ese mecanismo compensatorio de la representación.

Hay que retomar este problema, para volverlo a discutir y buscar un nuevo esquema de representación, no sólo una nueva suma de votos sino una nueva forma de mirar a las minorías y a la mayoría, y ello supone discutir en serio sobre la permanencia de esta ventaja artificial, ya que los que la disfrutaban deberán ser suficientemente sensatos para modificarla. En los años setenta tenía sentido porque no había otra forma de compensar la enorme desigualdad política entre partidos, ahora ese esquema se ha modificado y deben hacerse los cambios pertinentes: el país necesita una nueva base de negociación política que nos permita resolver la cantidad de problemas acumulados, es que no podemos seguir ese viejo esquema, ya que si no se da una respuesta inmediata nos ponemos al borde de una confrontación. Así, entonces, la necesidad de diseñar un nuevo modelo de participación y representación es parte importante de las condiciones para que el país dé un salto en su desarrollo democrático porque siento que estamos al borde, por lo que espero que estos cambios no se prolonguen aumentando el riesgo de colisión. Espero que esto no suceda, espero...

El riesgo de colisión política no solamente implica modificar el esquema parlamentario de representación, sino también hacer frente a una disidencia social que reclama justicia. El levantamiento de Chiapas nos llama la atención, con singular fuerza, sobre la necesidad de avanzar simultáneamente en la reforma de los mecanismos institucionales de participación política, pero también de la necesidad de resolver tensiones sin cauce institucional establecido. ¿Cómo aprecias que la situación política de Chiapas pueda afectar el cambio democrático en México?, ¿qué soluciones adviertes?

Yo creo que Chiapas está en un momento crítico, que sin em-

bargo puede funcionar como una llamada para restablecer un acuerdo que conduzca a soluciones. Y es que uno de los graves errores que cometió el gobierno local, pero también el federal, fue el que se destruyeran las bases de la negociación, que además tuvo como agravante el que los zapatistas se montaron en el burro de ser absolutamente radicales, entonces lo alcanzado quedó en el aire y lo que parecía que estaba por resolverse volvió a enredarse. A cambio de ello, las posiciones se manifestaron de manera radical y con ello se logró impedir la construcción de acuerdos hasta llegar al momento en que ya no hay soluciones. A ello se añaden otros problemas como el que las negociaciones con la Iglesia se enredaron, lo mismo con ciertos grupos pequeños, apartados, a los que nos se les resolvieron sus demandas y ahora se han convertido en un problemón. Eso significa que para retomarlos hay que enfrentar nuevos costos, ya que es muy complicado: la política errática del gobierno federal, incluso torpe, muestra que no hay bases para encontrar una solución por ese camino. Lo que parece destrabar el empate puede ser un negociador externo, que funcione y genere confianza, ya que el gobierno federal está restringiendo su comunicación con mediadores anteriores, probablemente hasta se requiera de la intervención del Papa para destrabar el mecanismo de negociación.

No sé como pueda resolverse: he hablado en varias ocasiones con Pablo González Casanova para saber su opinión sobre las vías de solución del conflicto, saber cómo lo ve él. Su posición ha sido muy optimista, sólo recientemente he observado que está muy preocupado sobre lo que puede pasar ya que tampoco le ve salidas posibles. Tengo ganas de encontrarnos para platicar sobre cómo su optimismo anterior ha decaído. Si bien el peligro de la guerra no era tan presente, noto en la Conai y en la Cocopa una preocupación mayor sobre la posibilidad de la guerra, la expectativa de renuncia a la solución armada se debía en gran medida a la resistencia social, si bien del lado del gobierno es visible una mayor preferencia por la fuerza, el equilibrio está cambiando y esto es grave. Creo que debemos templar las posiciones.

Finalmente, si tomamos todos estos elementos parecería que pese a todo la democracia mexicana camina en una dirección de cambio, ¿qué ritmo aprecias en su andar?, ¿qué factores pueden impulsarla o detenerla?

Creo que la perspectiva de la democracia en México tal vez tiene como factor decisivo la presión de Estados Unidos y, en otra medida, las condiciones internas de la vida política mexicana. Lo que sí hay que pensar es que será un proceso muy largo, con altibajos, con cantidad de intereses que presionarán por cerrarle el paso a la democracia, por el propósito de abusar de la antidemocracia, que es una tradición muy poderosa en este país. Yo creo que el gran problema es, precisamente, la resistencia interna al cambio democrático. Sin embargo, creo que estamos obligados a avanzar por un camino democrático. Eso creo y eso espero. ■ ■ ■